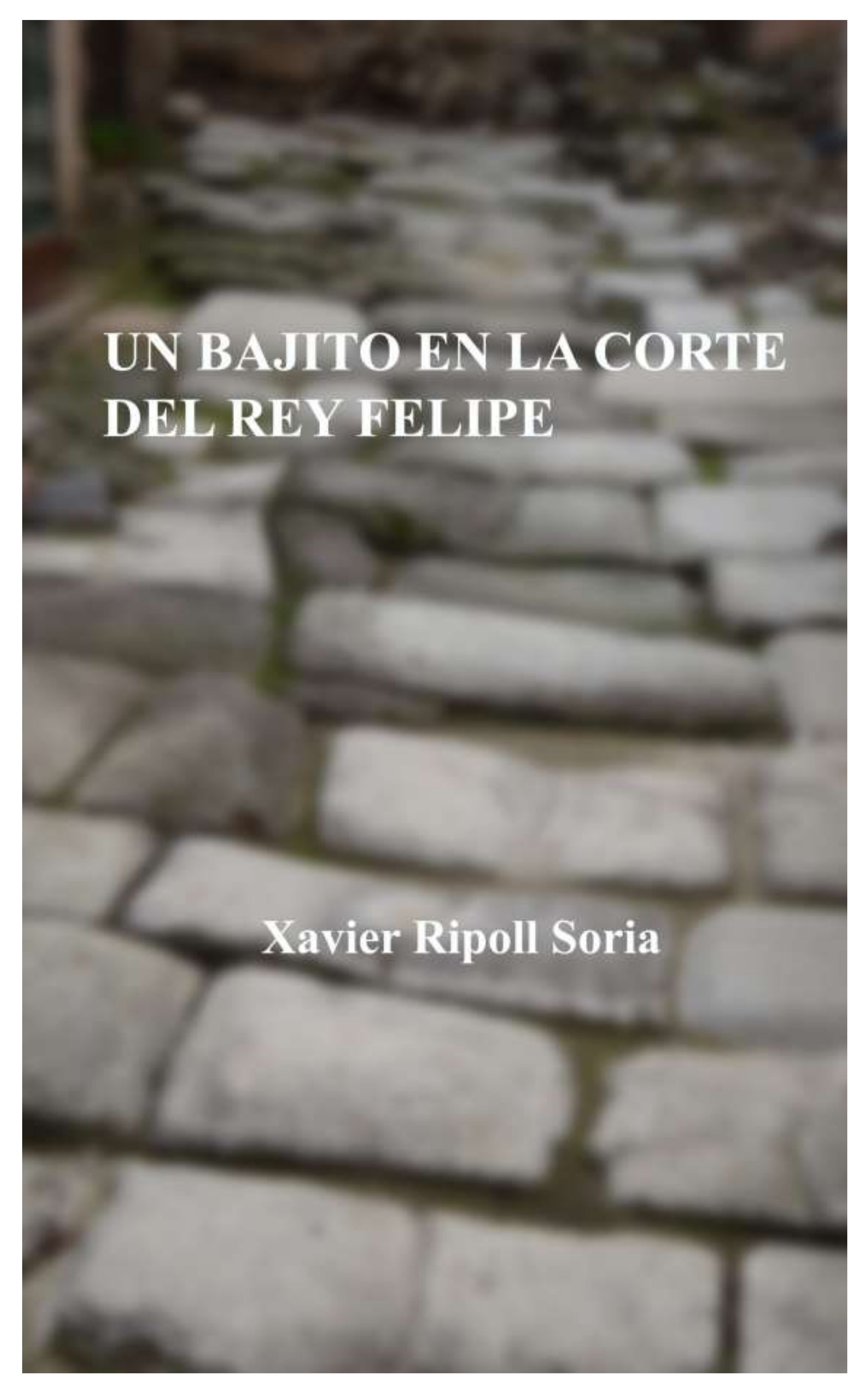

UN BAJITO EN LA CORTE
DEL REY FELIPE
Xavier Ripoll Soria

1

Nací meando. En el momento del parto mi madre enseguida supo si la criatura que había tenido en su vientre era varón o hembra por el chorro proyectado de orines. No puedo decir que sintiera frío o calor en ese instante porque mi madre pertenecía a la pequeña nobleza y la alcoba en donde dio a luz estaba bien acondicionada contra las inclemencias del tiempo.

Mis primeros días transcurrieron tranquilos; una ama de cría me amamantaba mientras mi madre se recuperaba de su primer parto. La felicidad de cachorro se terminó para mí el día que vino el galeno para visitarnos. Me palpó las extremidades, frunció el ceño y le dijo a mis padres:

–Esta criatura crecerá corta de brazos y piernas.

Mi hidalgo progenitor soltó una mueca de espanto.

–¿Queréis decir que será un enano, como esos que pueblan plazas y palacios divirtiendo a la gente?

–Probablemente –sentenció el médico–. Por su aspecto parece ser que de adulto su talla se estancará en el metro o metro y medio, y tenderá a ser rechoncho.

Mamá rompió a llorar y mi padre pasó de la estupefacción al enfado, no sabía exactamente contra quién, si contra su esposa por haberle dado tal engendro o contra mí. ¿Algún pecado no confesado que se había transformado en castigo?, ¿un alimento en mal estado durante la gestación..? Sea lo que fuere, mi vida allí no tenía lugar; suponía avergonzar a mi señor padre. ¡Su primogénito –al que bautizaron como Juan– un error de la naturaleza!

Así que, a pesar de las lágrimas de mi madre, dispuso mandarme con unas religiosas que acogían a niños rechazados por el motivo que fuera. En el asilo pasé mi infancia rodeado de otros mozalbetes ajenos a cualquier afecto familiar y bajo el cuidado de monjas, algunas de ellas severas. Las cuatro letras –pocas– y los rezos –muchos– a lo largo de la jornada constituían nuestra vida. Los que nacimos con algún defecto éramos pasto de burlas y bromas pesadas, pero al final acababan formando parte de la rutina e incluso curtiéndonos.

A la edad en la que se considera que un mozalbete ya es apto para desempeñar ciertos trabajos que no sobrepasen sus posibilidades, mi progenitor, harto de costear mi manutención en el asilo de niños, me enroló en los Tercios en calidad “de lo que sea”, de lo que tuvieran en menester los mandos. Escribió una carta a un oficial que conocía refiriéndole mi condición y casi suplicándole que me empleara en lo que fuera. Así pues, me destinaron en calidad de mozo para todo en una compañía destinada a Castilla cuya misión era reclutar nuevas víctimas para las campañas en Italia o Flandes.

Mi primera gran contribución a mi señor Felipe IV y al Imperio fue vaciar bacines con orines, llevar jarras de vino, dar forraje a los caballos o hacer cualquier faena que les fuera ingrata a los *miles gloriosus*, mientras hacían escarnio de mi físico. En mis pocos momentos de descanso me dirigía a los campos que, en primavera, eran verdes colinas onduladas, inacabables a la vista, que me proporcionaban un gran sentimiento de libertad y de plenitud, después de toda una infancia entre las paredes oscuras del asilo.

El corregidor del pueblo le había dejado usar una casa al capitán de nuestra compañía para su cometido de reclutar nuevos jóvenes soldados entre los humildes labriegos. Así que para llamar su atención nada mejor que convertir las levas en un espectáculo de día de feria. Es más, al cabroncete del capitán le pareció oportuno convertirme de la noche a la mañana en actor –bufón, más bien– y, colocándome un sombrero de ala ancha de Flandes sobre la cabeza, me instó a andar con grandes zancadas exagerando los gestos.

El redoble de los tambores de la compañía atrajo a los habitantes del pueblo y aledaños, habituados sólo al tañer de la campana de la pequeña iglesia o a los ruidos del

ganado. Los niños y los adolescentes fueron los primeros en quedar seducidos por los uniformes y las armas.

–En el Año del Señor 1624 y por orden de Su Majestad el Rey Felipe –proclamó el capitán–, se ordena reclutar a los mozos de esta villa con el fin de incorporarse a los Tercios del Ejército de Flandes.

Como sea que el llamamiento a filas no despertó el entusiasmo patriótico deseado entre los presentes, un cabo me dio una patada en el trasero para que saliera con mi sombrero de las fuerzas de las Provincias Unidas de los Países Bajos y empezara a actuar.

–¡Eh, vosotros, los presentes! –empecé a improvisar, señalando a los mozos y forzando una voz grave y de enojado–. Soy un soldado de las Provincias Unidas, enemigo de vuestro Rey. ¡Estoy aquí para advertiros que os invadiremos, nos quedaremos con vuestras tierras y desearemos a vuestras mujeres!

–¡Patán! ¡Bufón! –gritaban y se reían los aldeanos a la vez que yo iba dando pasos exagerados en medio de la plaza.

–¡A los que no seguís a Calvino, incendiaremos vuestras iglesias!– añadí.

–¡No, eso no! –irrumpieron los presentes, horrorizados.

Momento emocional que aprovechó el capitán para decir de forma exaltada:

–¿Es eso lo qué queréis compatriotas? ¿Qué os conviertan en súbditos de la herejía? Pues, ¿a qué esperáis los que estáis en edad de servir?

Y un buen número de jóvenes campesinos y pastores, y de mozos de cuadra, se acercaron a la mesa donde un escribano los alistaría, dejando al pueblo sólo con mujeres, niños, ancianos u hombres demasiado mayores para pelear.

El capitán me llamó aparte y me felicitó por mi actuación. Había surtido efecto y mi comicidad había ayudado a la patria. Y mira por donde descubrí que en mí había nacido una estrella del escenario, aunque el escenario fuera una plaza con restos de boñigas. No representaría maravillas del Fénix de los Ingenios, pero contribuiría a la causa. Todo por el Reino.

Pasados unos días, y habiendo conseguido unos cuantos reclutas del entorno, nos dirigimos a Madrid, villa y corte. Un cuartel se encargaría de uniformarlos e instruirlos. Bajo la férrea disciplina más de uno añoraría la libertad bajo los inmensos cielos de sus pueblos. En la capital, ciudad con todo tipo de personas –nobles, burgueses, artesanos, funcionarios, militares, clero, desheredados, buscavidas… Incluso algunos de esos buscavidas eran alemanes, italianos o flamencos, que acababan siendo profesionales de la mendicidad o del hurto. Yo pasaba desapercibido, como un divertimento más, un bulto que cruzaba calles y plazas esquivando a las otras personas, más altas.

En la guarnición, bromas cuartelarias como echarme excremento de paloma en el pelo mientras dormía o tratarme de “fantoche” al pasar por el patio de armas. Tampoco me libraba de alguna representación forzada los días de guardar en la que se esperaba de mí gestos o frases que provocaran jolgorio, lo cual me obligaba a afinar mi ingenio e improvisación. Por suerte el cuartel no era como en los corrales de comedias, que disponen de puestos de verduras y, el público, si no les gustan los actores, les echan col pasada.

En mis ratos libres me gustaba deambular por los mercados de la ciudad, aunque habías de tener cuidado con los malhechores, que también infestaban las callejuelas y tabernas. Entré en una de ellas, en donde el olor a vino rancio y cocido ofendía al olfato. La gente hablaba a grito pelado y lanzaba risotadas. Jugaban a los naipes, habitualmente marcados. Me senté en un rincón y pedí vino. No tardó en acercarse un malhechor de mi edad, algo desgarbado y con la ropa teñida de lamparones.

–Si que eres bajito –soltó el mozalbete–. ¿De qué comes?

–Vivo en la milicia –le contesté.

–¿En la milicia? ¡No será *pá* llevar picas! –dijo el insolente–.

Hice ver que no le oía y, acosado en todas partes por la soledad y por mi físico, me vino bien que alguien se interesara por mí alguna vez, aunque fuera para burlarse.

–Y tú, ¿cómo llenas el gaznate? –le pregunté.

–Con lo que sale –me contestó–. Mozo de mulas o de lo que sea, pregonero, traficante, porteador… Esto último está bien porque llevas cargas y puedes entrar en las casas para dejarlas, y entonces cuando se descuidan les "limpio" el ajuar. ¡Ja, ja!

En seguida me di cuenta de que estaba ante un pícaro, un tipo descarado, travieso y astuto, que malvive a base del engaño y el trapicheo.

–¿Y no te da vergüenza admitirlo? –le recriminé.

–¿Vergüenza? –reaccionó indignado–. ¡Vergüenza la de quienes viven ricamente en palacio o en casas con blasones y nos tienen abandonados a los de abajo, y encima van a comulgar como si nada!

Se bebió el resto de mi jarra de vino y se levantó decidido.

–Sígueme y te mostraré algunos rincones ingratos de la ciudad de los que se aprovechan hidalgos y otras gentes "de bien"– añadió.

El pícaro se adentró por callejuelas alfombradas de basura. Niños de corta edad se nos acercaban pidiendo limosna. Uno de ellos, cojeaba.

–Y tuve yo suerte de pequeño de no acabar como ese desgraciado –dijo–. Al morir mis padres, tuve que espabilarme por mi cuenta, pero otros como yo caen en manos de gente sin escrúpulos que les quiebran los brazos o los pies y los venden a ciegos o a mendigos para que pidan junto a ellos aprovechando que dan lástima. Normalmente esos mendigos se colocan con sus muletas en las puertas de las iglesias y muestran sus llagas o cualquier otra dolencia que a la vista inspire pena a los feligreses, mientras gimen o sollozan.

Yo que pensaba que por mi talla me había ocurrido lo peor del mundo, ahora me daba cuenta que siempre hay cosas peores, sobre todo cuando son provocadas.

Desembocamos en una plazoleta en donde resaltaba una casa pintada con esgrafiados.

–Esto es un tugurio para bujarrones ricos. ¿Ves a esos hombres bien vestidos y pintados? –dijo el pícaro señalando a unos individuos que entraban en el edificio–. Vienen a beber y a jugar a los naipes. Pero no sólo a esto. Se encontrarán con sus amantes y yacerán con ellos. Todo a escondidas por miedo a perder su cuello si los descubren.

En otro edificio cercano había burdeles con mujeres, muchas de ellas antiguas niñas abandonadas que las acogían como criadas para después pasar a explotarlas. De los portales entraba y salía soldadesca, funcionarios reales, eclesiásticos y mozos. Las calles se encontraban abigarradas con todo tipo de populacho. Pero lo que más inquietaba eran los niños y niñas, abandonados a su suerte, llenos de costras, piojos, tiña o lepra. A pesar de las riquezas obtenidas en las Américas, nuestro Reino y su nobleza se lo gastaba en bienes suntuarios pero no en su gente. Debido a la escasa recaudación fiscal y las contiendas militares, el Reino padecía una gran crisis en sus arcas. Pero en la Corte se lo pasaban en grande.

2

Unos meses después de instruir a los soldados bisoños –los nuevos reclutas–, nuestro capitán recibió la orden de dirigirse a Valencia donde embarcarían primero a Sicilia y luego a Flandes, destino final; concretamente, Breda, ciudad de la provincia de Brabante

en los Países Bajos, feudo de la Casa de Nassau. Un país con vastas superficies, cielos plomizos y amenazadores, lluvia y viento.

Nuestra compañía tenía como objetivo dar apoyo a las fuerzas que, desde finales de agosto, asediaban la ciudad, muy fortificada y defendida por miles de holandeses bajo el mando de Mauricio de Nassau. En una primera fase se trataba de cortar sus suministros, por lo que Ambrosio Spínola, nuestro capitán general, ordenó cavar trincheras, barricadas y túneles, colocar cañones y minas… ¡No me imaginaba yo que acabaría haciendo de topo, extrayendo tierra –más bien barro– mientras de vez en cuando recibíamos alguna andanada de la artillería enemiga! Mi corta estatura me hacía más ágil para poder sacar tierra y poderme meter más fácilmente en los túneles. El calor y la falta de aire suficiente hacían que de vez en cuando me acordara de la madre de mi padre. Y cuando salías al exterior tenías que vigilar que una bala de cañón neerlandesa no te arrancara la cabeza. Los sitiados respondieron con la construcción de túneles de intercepción que hicieron inservibles los nuestros.

Un oficial de la compañía que vio mi frustración se dirigió a mí estoicamente:

–La guerra es así, Juan –. Avances y retrocesos, victorias y derrotas, alegría hoy y tristeza mañana… Pero lo importante es mantenerse firmes y defender lo nuestro.

Nunca he tenido ni compartido este sentimiento posesivo de “lo nuestro”. ¿Quién ha dicho que lo sea? Que unos territorios hace siglos sin propietario pasasen a manos de “alguien”, normalmente con el uso de la fuerza, convirtiéndose después de generaciones en reinos o patrias, es arbitrario. Defienden su tierra como los animales lo hacen con su territorio. Aún peor: las bestias depredadoras se apoderan de más terreno para su cometido.

El oficial –como si le hubiesen labrado su mente desde pequeño– incluso se sentía orgulloso de las hazañas –en realidad actos de barbarie– llevadas a cabo por nuestros predecesores en aquellas provincias protestantes:

En 1576 –explicó–, y tras dos años y medio sin recibir nuestros soldados la paga por quiebra, se amotinaron y se dedicaron a incautar comida de la población, lo que ocasionó tal animadversión hasta el punto de que el príncipe neerlandés Guillermo de Orange pidió ayuda a los vecinos reinos protestantes, e incluso armó a los paisanos, contra los nuestros. ¡Veinte mil enemigos intentaron apoderarse del castillo de Amberes! Cuando llegó a conocimiento de los Tercios, cuatro mil de éstos se pusieron en camino, incluso hambrientos, hacia la ciudad para auxiliar a los resistentes al mando de Sancho Dávila –continuó refiriendo con el pecho hinchado como un pavo real de orgullo patrio–. La tomaron y dejaron ir toda su furia contra los rebeldes. Los nuestros incendiaron y saquearon Amberes durante tres días. Más de cinco mil paisanos y casi tres mil soldados protestantes fueron asesinados. ¡La Furia Española, la llamaron nuestros enemigos! ¡Ja, ja! –rio el oficial bigotudo.

Iban pasando los meses de asedio y, como siempre, a veces me tocaba ejercer de cómico ante la tropa española y mercenarios. La narración del oficial sobre el saqueo de Amberes me resultó útil y llevé a cabo una parodia del suceso imitando a nuestros soldados agitando el palo de una escoba como si fuera una pica de los Tercios, con las consiguientes carcajadas del público, en especial cuando hacía ver que, debido a mi corta talla, sólo alcanzaba a clavar la pica en las partes del imaginario enemigo, mientras gritaba “¡haré olla podrida con tus menudillos!”. De bien seguro que más de un soldado la habría probado para complementar su ración de pan o bizcocho, carne o pescado, vino, aceite y vinagre. Mis representaciones no solamente hacían las delicias de los soldados sino también de otras personas que formaban parte o acompañaban a nuestro Ejército, como barberos, cirujanos, capellanes, criados, rameras e incluso las

esposas de algunos mandos. Toda una romería de mandamases y *mandaos* en busca de la gloria o simplemente de la soldada.

Los sitiados resistieron casi once meses con lo que tenían para sobrevivir, hasta que en febrero de 1625 miles de soldados ingleses y daneses acudieron en su auxilio. Pero infantes ligeros, piqueros y ballesteros españoles llegaron como refuerzos e impidieron que las tropas protestantes ayudaran a Breda. No sin dificultades. Los numerosos daneses iban a comerse a los nuestros. El capitán de la compañía estaba desbordado y no veía salida al asunto. Hasta que a un pobre servidor se me ocurrió una posibilidad: junto al camino por el que pasarían los enemigos para darnos caza había una colina. En un alarde de estrategia improvisada, le sugerí al oficial ocultar tras la colina nuestras fuerzas y cuando los daneses estuvieran cerca precipitarse en su contra por sorpresa. Pensaba que me iba a soltar un sopapo por mi insolente injerencia pero restó pensativo y accedió.

De modo que el maestre de campo ordenó al sargento mayor dirigirse con una unidad de combate detrás de la pequeña colina. Cuando un explorador vio que los enemigos se encontraban a un centenar de metros en el camino, el sargento ordenó a sus hombres abandonar la colina y formar en el camino cerradas y compactas filas. Un escuadrón de picas apareció amenazante en el camino y en los flancos ante la sorpresa de los daneses, que no se lo esperaban. Estos lanzaron su caballería contra los Tercios, que resistieron; las bajas de la primera fila se llenaban en seguida con los piqueros de detrás. Los jinetes daneses iban cayendo por las lanzadas de las picas y alabardas, dagas y espadas. Seguidamente nuestros arcabuceros y mosqueteros dispararon contra sus piqueros y nuestra caballería remató la faena cargando contra los arcabuceros daneses.

Un día llegó de Madrid un mensajero con una misiva para entregar en mano al capitán general, que estaba en la tienda de mando despachando con los oficiales. Como me tocó a mí acompañarlo, vi a nuestro capitán romper el sello lacrado del sobre y extraer la carta. Debía tratarse de algo importante. Cuando la desplegó sobre la mesa vi que entre la cuidada caligrafía había números y símbolos como triángulos y rayas. El capitán dijo que la carta venía encriptada y que fuesen a buscar al oficial descifrador. Seguramente debía llevar órdenes con respecto a Breda.

El sitio de Breda ocasionó miles de muertos y mutilados entre ambos contrincantes. Justino de Nassau, su gobernador, capituló en junio. Se convirtió en la victoria más recordada de nuestro capitán general, Spínola. Hasta el punto que, diez años más tarde, el pintor bigotudo sevillano Velázquez inmortalizó la rendición de Breda en un óleo, inspirándose en una obra de Calderón. En él, el gobernador holandés hace entrega de las llaves de la ciudad al vencedor Spínola, quien impide al vencido que se arrodille, en una demostración por parte de nuestro capitán general de nobleza. Todo propaganda, claro. Pero el pintor reflejó en su lienzo lo que le encargaron, sobre todo ciertos detalles realizados "a petición" del astuto Conde–Duque de Olivares, valido de nuestro señor Felipe IV, quien había encargado este cuadro y otros sobre nuestras hazañas bélicas por el mundo para impresionar al personal. ¡Quien paga manda! Yo estoy dolido con el cuadro porque, a pesar de que di la idea para derrotar a los daneses, no salgo. Un bajito entre tantos bravucones quizá no sería del agrado del Conde–Duque.

A pesar de ello, el mejor premio que pude recibir fue licenciarme de aquella cruel campaña militar y volver a Madrid. Llevaba conmigo una carta de recomendación del capitán general para la Corte.

3

Destinado al Palacio Real en calidad de no sabía muy bien de qué, me recibió un secretario real que me acompañó a mi modesto aposento en las buhardillas de palacio.

–Juan, tu trabajo consistirá en hacer compañía a la familia real e ir con su séquito. Cumplir todo aquello que te manden, y divertir a sus miembros en horas bajas o celebraciones. Serás para ellos un *hombre de placer*. Tendrás paga, raciones y cuatro libras de nieve durante el verano.

El secretario era un hombre adusto, con una forma de dirigirse que no invita precisamente a compartir con él vino en un mesón. Yo siempre he creído que este tipo de personas duras tienen problemas en el cagar. Les cuesta y sólo hacen bolitas. Quizás por eso –al no poder expulsar bien lo que sobra de sus entrañas– están amargados. Seguramente su actuación al servicio de la política de Palacio ya le iba bien. Política, clero y milicia son todos *modus vivendi*.

Me llevó ante la presencia de la familia real, que estaban terminando el almuerzo, y me presentó. Les hice la reverencia.

–Tan bajito y algo rechoncho parece una calabaza –soltó riendo y sin inmutarse una de las infantas–. ¡Sabandija palaciega!

Sus majestades me ignoraron. Las sirvientas y lacayos me miraron de soslayo. Incluso el mastín que tenían cerca de la larga mesa pasó de mí aunque yo no de él porque imponía.

Saciado el apetito de la familia real, que no era poco, el rey Felipe se dignó dirigirse a mí:

–¿Y tú qué sabes hacer para alegrarnos la sobremesa?

–Vuestro humilde servidor sirvió en Flandes, de cuyas contiendas me han quedado recuerdos, Señor –contesté con prudencia.

Y empecé a hacer mis imitaciones de los soldados holandeses exagerando zancadas, andando de forma arqueada, inventándome su idioma… Me di coraje, porque me jugaba mi puesto, y me atreví a dar una cabriola con tan mala suerte que aterricé encima de la cola del mastín, el cual se irguió siendo casi más alto que yo, ladrando. La escena fue de casual comicidad y provocó las carcajadas de los reales cabroncetes.

El rey se levantó de la mesa seguido del resto de la familia que se fueron a otra dependencia.

Así transcurrieron mis primeros años en Palacio.

Un buen día el rey se dirigió a mí:

–Mañana participarás de un secreto, que debes guardar, ¿eh?

–Lo que ordenéis, Majestad –dije.

–Villanueva, mi ayuda de cámara y amigo –prosiguió el rey–, me ha hablado de una monja de gran belleza, Margarita.

–¿Una monja, Señor? –me atreví a inquirir extrañado.

–Una novicia del convento de San Plácido, cerca de donde él vive –concluyó él. Y se retiró a sus aposentos.

No es que fuese una novedad para mí que el Rey gustaba de los favores de las señoras: esposas, criadas, meretrices, amantes condesas o actrices. No debe sorprender que el rey llegara a tener tantos hijos ilegítimos. En Flandes me lo habían contado. Una actriz a la que llamaban *la Calderona*, porque era hija adoptiva de D.Calderón de la Barca y que conoció en un corral de comedias, llegó a ser una de sus favoritas.

Al día siguiente, el rey se vistió de hidalgo y vino Villanueva a buscarlo. Salimos los tres de incógnito por una puerta de servicio de palacio y nos dirigimos al convento. El ayuda de cámara reclamó la presencia de la madre superiora y cuando ésta vino a recibirnos reconoció al rey, por los retratos.

–Señor ¿Cuál es el motivo de vuestra grata presencia en nuestro humilde convento? –
–preguntó ella sorprendida–.

–Mi real interés por una de vuestras novicias, Margarita –respondió el monarca.

–¿Margarita?
–Sí, madre. Quisiera verla por si le he de encargar orar por mí.
–Ah! –contestó la monja extrañada y empezando a sudar conociendo la mala fama del rey–. Voy presta a buscarla. Pasad al claustro.
La monja se ausentó y nosotros nos dirigimos a aquel oasis de verdor y de paz. Parecía imposible que pudieran hallarse espacios como aquel en medio de una ciudad con sus calles tan transitadas y ruidosas.
Al cabo de unos minutos volvió la monja acompañada de la novicia Margarita. Con el sol que se colaba por los arcos del claustro, iluminándola por detrás, recordaba a una aparición. Su rostro era bello y sereno, demasiado para acabar marchitándose con los años en los húmedos interiores del convento, con poca luz natural y rezumando sus paredes sobriedad y tristeza.
El rey, al verla se quedó extasiado y enseguida la quiso, y no en el sentido espiritual.
–Sor Margarita. He venido hasta aquí para suplicaros vuestras plegarias por mí –le pidió él, falsamente.
–¿Mis plegarias, Señor? ¿Las de una humilde novicia? –se extrañó ella.
–¿Qué importancia tiene la categoría cuando la belleza supera cualquier rango? –manifestó Felipe.
La madre superiora prometió que la joven así lo haría. Hicieron una reverencia y se fueron. Una vez en la calle, el rey estaba fuera de sí, y le pedía a Villanueva:
–Amigo, ¿cómo podría acceder a ella sin la presencia de la superiora? La quiero poseer cueste lo que cueste.
–Señor. Vuestro deseo será fácil de cumplir porque casualmente existe un pasadizo que comunica mi casa con el convento.
–¡Magnífico! –dijo el rey con una sonrisa malévola.
Distraídos por el entusiasmo, no habíamos advertido que una monja anciana nos había estado escuchando desde una pequeña ventana junto a la entrada.
Los días siguientes en palacio fueron de rutina y aburrimiento para todos sus moradores, excepto para el rey, quien se frotaba las manos maquinando su próximo encuentro con Margarita. Una tarde le llegó una carta de la superiora del convento diciéndole que sabía de sus intenciones y rogándole que se olvidara de la novicia. El rey ignoraba cómo se había enterado pero tanto le daba, y siguió con sus planes. Pero la monja preparó un ardid.
El día que el rey se propuso ir a "visitar" a la novicia, nos dirigimos a la casa de Villanueva. Pero éste no quería comprometerse por su vecindad con las monjas. Así que sólo entramos en el túnel su Majestad y yo. Al final del mismo había una falsa puerta; la empujé y vimos que estábamos en el sector donde están los minúsculos dormitorios de las religiosas. Con sigilo abrí una puerta pero allí dentro dormía una monja vieja. Probé con otra y allí roncaba una monja rolliza. A la tercera acerté y le hice una señal a mi Señor. Pero cual fue la sorpresa al penetrar en la estancia y ver a la novicia muerta en su lecho, con un crucifijo entre sus manos y rodeada de cirios. Nos quedamos mudos. El rey tenía el rostro desencajado. Salimos aturdidos y una monjita anciana nos aclaró que Margarita había fallecido de una rápida enfermedad. Regresamos por el túnel y a Palacio.
El rey se encerró unos días en su habitación sin querer ver a nadie. Su sentido de culpa fue tal que mandó adquirir un reloj para el campanario del convento. Y no contento con ello le hizo llegar a la madre superiora un cuadro sobre Cristo pintado por Velázquez.

Más tarde el rey descubrió el engaño, quiso vengarse y acabó teniendo problemas con la Santa Hermandad, pero sobornaron a uno de sus miembros y acabaron tapando el caso. Además, el rey ya había empezado a interesarse por una viuda…

4

En cierta ocasión vino a buscarme Martínez, el joven pintor ayudante y yerno de Velázquez. Al reconocido pintor sevillano ya lo había visto varias veces por Palacio, y también algunos de sus retratos de miembros de la Corte. El joven me llevó hasta el taller del maestro, estancia al que se accedía después de bajar unas escaleras. Su interior estaba lleno de lienzos terminados o casi, o todo por hacer. Un espejo al lado de la puerta hacía compañía a algunos cuadros colgados en las paredes. Caballetes y paletas con restos de pintura y pinceles otorgaban un colorido abigarrado y casi festivo que se contradecía con la severidad de Palacio.

–Te he mandado llamar –empezó diciendo don Diego–, porque para el nuevo Palacio del Buen Retiro, además de retratos ecuestres de miembros de la Corte, había pensado pintar unos cuadros verticales de cuerpo entero de bufones, hombres de placer y truhanes de la corte. Posiblemente servirán para decorar alguna escalera o una habitación cercana al dormitorio de la reina.

–Lo que necesitéis, señor –dije algo confuso.

Y es que me trataran de enano y bufón ya formaba parte de mi naturaleza o destino, pero que me catalogaran de truhan ya me pareció demasiado. No todos los hombrecillos éramos iguales.

El pintor me mostró un esbozo dibujado de lo que quería llevar a cabo: un personaje sentado junto a unos recipientes de calabaza. Este último detalle se me atragantó porque sabía que la calabaza simboliza a los desquiciados, ya que si se les opera se les substituye una parte de la cabeza fracturada con un trozo de calabaza.

A partir de las indicaciones del maestro, su ayudante preparó un lienzo de tejido en tafetán clavándolo con tachuelas sobre un bastidor. Después le aplicó una capa de yeso muy fino, lo pulió y dejó que se secara.

Al día siguiente, cuando de nuevo me presenté ante el pintor me hizo vestir con una ropilla verde oscuro y un collarín blanco. Mientras tanto, al lienzo ya montado y seco se le imprimió un color de base, en este caso un ocre rojizo, para que sirviera de fondo.

Encima de la mesa del taller, el ayudante ya tenía preparadas las moliendas de pigmentos a partir de minerales o de lacas y hasta de insectos, con los que obtener los colores deseados. Al aplicar los pigmentos sobre el lienzo usaba aglutinantes como grasas y yema de huevo, mezclados con aceites refinados, según la transparencia que el maestro quisiera conseguir.

Hizo sentarme en el suelo y colocaron dos calabazas junto a mí. Me dijeron que juntara las manos, sonriera y mirara al ayudante, que se encontraba de pie junto al maestro, que empezaba a esbozarme sobre la tela. Al principio lo encontré divertido pero cuando llevaba un buen rato en la misma postura empezaba a sentirme cansado. Y así varias sesiones. El cuadro resultante me gustó y acabaron "colgándome" en una pared del Buen Retiro.

5

Años más tarde, desde el taller artístico solicitaron mi presencia. Su responsable me pidió que viajase a Sevilla, pero esta vez no para ir a hacer bufonadas.

–El pintor Murillo –refirió el hombre– necesita una modelo para una nueva Inmaculada. Normalmente lo hacía su bella mujer, pero falleció.

–¿Y voy a hacer yo de modelo? –le pregunté, sin entender qué pintaba yo en la misión encomendada.

–Muy chistoso, como siempre –rio–. Te envío a ti porque sé que tienes buen gusto en la elección de mujeres para los cuadros, como has hecho en alguna ocasión. Se trata de que localices a alguna joven bella y la conduzcas hasta el maestro pintor.

Así que marché a la ciudad andaluza con el deseo de cumplir la petición y poder satisfacer al pintor.

Sevilla era una ciudad rica e industriosa, con un inmenso trasiego por el río y en tierra, con bellos monumentos e importantes instituciones. Una villa altamente poblada, a pesar de la peste importada hacía poco más de una década, que se llevó sesenta mil almas por delante, la mitad de sus habitantes. Además de la gran mortandad, la epidemia ocasionó hambre y el aumento de los precios de los bienes y servicios que, tres años después de la peste, provocó que el pueblo se alzara gritando *"Viva el Rey y muera el mal Gobierno y el cornudo de don García de Porras"*. La ciudad se llenó, aún más, de pícaros, mendigos y prostitutas, debido a la falta de trabajo y a la escasez de todo.

A mi llegada, me acompañaron a un hostal de confianza, lejos de los corrales en donde malvivían las gentes que no podían tanto, situados en callejuelas estrechas, sucias, muy transitadas y llenas de tenderetes. Por el contrario, mi alojamiento se hallaba en una plaza cercana a los edificios públicos. Las ventajas conllevan desventajas y, al llegar frente al hospedaje, tenía que vigilar que los ladronzuelos, con más mugre que pelo, no fueran a por mi bolsa de dinero.

Al día siguiente me condujeron al taller del maestro sevillano Bartolomé Esteban Murillo, hijo de un barbero-cirujano-sangrador casado con una mujer de familia de plateros y pintores. Bartolomé, andaluz devoto, se le conocía por el pintor de las inmaculadas.

–Me han referido que tienes buenas luces para descubrir rostros hermosos, Juan –dijo el maestro pintor. Se acercó a un caballete en donde había depositado un lienzo tapado y lo destapó. Apareció un bello óleo de unos dos metros con el tema de la Inmaculada Concepción. La Virgen rodeada de angelitos por arriba y por abajo, y ella flotando sobre nubes y pisando la luna, una imagen que ya la había visto en muchos otros cuadros o frescos en iglesias. Llevaba una túnica blanca y un manto azul, sobre un fondo celestial gris y dorado. Juntaba las manos en señal de plegaria. Pero aún le faltaba el rostro.

–Precioso, maestro –confesé con sincera admiración.

–Habrás observado que aún no tiene cara –precisó Murillo–. Y aquí entras tú en acción, Juan. Necesito el rostro prestado de una modelo adolescente, de mayor juventud de lo que habitualmente he pintado, para acentuar la pureza de la Virgen. Estoy convencido que en Sevilla no te costará encontrar jovencitas guapas. Es una ciudad de mestizaje, en donde convivieron cristianos, judíos y moriscos, pero también africanos y nativos de las Américas. Y en estos últimos años, a raíz de la pérdida de habitantes debido a la peste que nos asoló, llegaron muchos inmigrantes.

–Entonces no será difícil, maestro –añadí.

–Al menos, pintar el rostro de una joven será un gozo y más tranquilo que los dichosos niños que me sirvieron de modelos para representar a los ángeles –refirió el pintor–. ¡No paraban de enredar y uno se meó detrás de la cortina!

Así que, aprovechando que era sábado y había mercado, me dispuse a pasear y a observar a las jóvenes vendedoras, a ver si había suerte. Todo un desfile de mujeres vendiendo o trajinando, activas y graciosas, pero la que no tenía la cara rechoncha tenía la boca torcida de tanto vociferar la mercancía, o el pelo enmarañado, o con alguna cicatriz que le cruzaba la ceja o el pómulo debido a alguna antigua trifulca.

Fui dejando atrás el jolgorio y olores a verdura pasada del mercado, y me adentré en algunas callejuelas, pero allí el espectáculo fue a peor porque sólo se veían mujeres de la vida en los portales, con sus sonrisas impostadas, envejecidas antes de hora, maltratadas por sus chulos.

Me acerqué al río en donde unas vendedoras de pescado estaban disponiendo el género en amplios cestos de mimbre con hojas de plátano de sombra como lecho para el pescado variado, de grandes ojos y boca bobalicona abiertos. Una de ellas derrochaba sonrisa por todo su rostro. Los reflejos soleados provenientes de las aguas agitadas del río le daban en la cara y le conferían un no sé qué celestial pero, por desgracia mía, la mujer era demasiado mayor.

Al atardecer, hipnotizado por la visión de los últimos coletazos del sol deshaciéndose como un flan rojizo más allá de la ciudad, y de las barcazas surcando las aguas en busca de un lugar donde poder amarrar y dejar descansar sus envejecidas costillas de madera, me retiré al hostal, desilusionado por no haber encontrado a la candidata a Virgen.

Al día siguiente, asistí a la misa de domingo, más por el "qué dirán" que por convicción. No había mucha parroquia y el lugar era tranquilo, con sus beatas e hidalgos de turno en primera fila, haciéndose notar; la gente humilde, en los laterales y atrás. El cura y los monaguillos oficiando de espaldas y en latín. De pronto, a través de una de las vidrieras entra el resplandor del sol que va a dar justo sobre una jovencita que se encuentra en medio del templo, delante de mí, acompañada de un anciano, quedando iluminada como las vírgenes de las capillas rodeadas de cirios. Pude contemplar su figura proporcionada y su hermoso rostro, como ninguno, de expresión dulce. Un pelo largo moreno que le caía en cascada por encima de la capa, unos ojos negros pero luminosos esperando alguna revelación, una nariz recta y una boca pequeña con unos labios rojizos que recordaban el color de las fresas silvestres. ¡Era "ella"! ¡Tenía que ser "ella! De soslayo, no fuera que me fuera a reñir algún devoto, seguí contemplándola extasiado. Al terminar la misa, los seguí hasta la salida. En el exterior, me atreví a preguntar a una de las beatas, que todo lo saben sobre la vida en el cielo y en la tierra, especialmente sobre lo que acontece en casa ajena, acerca de aquellas dos personas.

–Ella se llama Carmen y el señor es su padre, comerciante –me aclaró una de las mujeres, que al ver mi estatura sonrió maliciosamente y me lanzó una pregunta ponzoñosa– ¿es que buscas prometida?

Miré a la mujer de negro y le largué:

–Señora, no creo que os quiera el cura en el confesionario. Os echaría de él por pecadora en exceso.

Las mujeres lanzaron una exclamación de ofensa y desagrado:

–¡Como vaya a buscar al alguacil, te van a recortar aún más las patas, sinvergüenza!

Las dejé y seguí a la joven. En un momento dado los abordé.

–Excusad mi intromisión, señor –le dije al anciano mientras hacía la acción de pararme.– Sin ánimos de ofender, en la iglesia he podido apreciar el rostro angelical de vuestra acompañante y os quería hacer una proposición.

Al principio, los dos rostros, extrañados, no dieron señales de buen recibimiento.

–¡No, no penséis que se trata de alguna mala proposición u ofensa! –maticé en seguida.– Me llamo Juan, trabajo para la Corte y estoy en Sevilla con la misión de encontrar una modelo para el maestro pintor Murillo, para su nueva Inmaculada.

–¿Y qué tiene que ver mi hija Carmen con ello? –inquirió el padre, casi ofendido.– Las modelos ya suelen ser profesionales que trabajan para los talleres.

–Lo sé, vuesa merced –dije–, pero el maestro necesita el rostro de una adolescente y no el de una mujer que ya haya repetido en diversos óleos, frescos, esculturas o tapices.

Además, el rostro de vuestra hija es el más bello que jamás he podido apreciar y será digno de representar a Nuestra Señora. Además, será retribuido.

Carmen se ruborizó ante los halagos y exteriorizó una leve sonrisa.

–Nos dejáis impresionados, Juan, ante tal proposición –expresó el hombre sin salir de su asombro–. Prestar el rostro de Carmen para la Inmaculada, para el maestro Murillo… Es todo un honor, un regalo del cielo.

Quedamos para ir al día siguiente, lunes.

Por la mañana, cuando llegué al taller, Carmen y su padre –su madre había fallecido pocos años antes- ya estaban esperando. Entramos y el maestro vino a nuestro encuentro. Solo verla se quedó prendado de su rostro.

–¡Eres la encarnación del rostro de la Virgen! –exclamó Murillo. Y empezó a pintar.

6

Cuando ya creía que mi vida había alcanzado un estado de tranquilidad, llegó una orden de palacio. Una expedición había de partir del Guadalquivir con destino a las Indias españolas con la misión de renovar la fundición de artillería en La Habana, Cuba. Los expedicionarios iban con sus familias y criados, con lo cual mi Señor tuvo a buen pensar que yo les acompañara para hacerles más ligera la travesía y la estancia durante un tiempo.

Así que cuando la bonanza lo permitió, un buen día me vi a bordo de un galeón surcando el océano en dirección al Nuevo Mundo. Formaba parte de otros navíos que constituían el convoy de navegación, por motivos de seguridad. En la expedición iba el responsable de la misma, un capitán sevillano nombrado nuevo jefe de la fundición de artillería de La Habana. También, un maestro fundidor de artillería, y su ayudante, y un maestro mayor de carpintería de la fundición. En el pasaje también iban tres carpinteros de ribera, enviados para construir diversos galeones. También iban comerciantes, clérigos, militares, funcionarios de la Corona, técnicos y artesanos cualificados, jornaleros…, con sus mujeres e hijos y criados. Y gente de oficios que iban para mejorar sus vidas. Además de andaluces, también iban extremeños, leoneses, asturianos, castellanos del norte…

Dentro de la nave disponíamos de un pequeño espacio personal en la bodega que, en mi caso, por mi baja talla, era más holgado que no para el resto de los pasajeros. Los baúles con las pertenencias limitaban aún más el espacio y, cerca, había caballos y mulas, sujetos con correas; y la carga con las mercancías. Los oficiales, que dormían en sus cabinas, las habían alquilado a pasajeros que se lo podían costear para instalar a sus mujeres y niños.

En cubierta, algunos animales domésticos ocupaban un corral improvisado, dejando a su paso un reguero de porquería a la que se unían los vómitos cuando la gente se mareaba o los orines y las cacas de los niños más pequeños que no se aguantaban en la letrina de popa y lo hacían en cualquier rincón. En una ocasión, estaba yo soltando la tripa en la tabla agujereada cuando de pronto una gran ola hizo levantar el buque y salí disparado al suelo con la consiguiente risotada general.

A los doce días arribamos a Canarias en donde hicimos escala. De nuevo en altamar y pasadas unas semanas, íbamos llenos de parásitos y olíamos como cochinos. Cada mes se limpiaba la cubierta y dependencias, y se perseguía a escobazos a los roedores ocultos por todo el buque, especialmente en los almacenes de los víveres.

Hablando de víveres, esto era lo que peor se llevaba. Pocos y malos. Los bizcochos de trigo duros era lo más habitual, alternados con tocino o cecina, o queso o huevos; y tasajo, carne seca de vaca ahumada. Con frecuencia, habas, arroz y pescado; con menos asiduidad carne en salazón. Todo regado con aceite o vinagre, y agua o vino para beber.

Pero a medida que pasaban los días, la comida y el agua escaseaban, convirtiendo la Carrera de Indias en un suplicio, sobre todo para los niños.

A consecuencia del hambre, de los bichos y de la falta de aseo, varias personas enfermaron y fueron atendidas en lo posible por un cirujano –más barbero que cirujano–. Unos pocos entregaron su alma y recibieron los últimos sacramentos celebrados por un capellán. Sus cuerpos escuálidos fueron depositados en unas telas bastas que se cosían y a las que se añadía una piedra antes de echarlos al mar.

A todos esos tormentos en la navegación había que añadir las tempestades y el miedo a los encallamientos, los naufragios o los abordajes de corsarios. Con riesgo de pecar de prosaico pero, ¿cómo puede haber gente que dedique poemas a la mar?

Los días y las horas se hacían inacabables, tediosas. A veces sólo se oía el embate de las olas y el rechinar de las cuerdas y el crujido de las arboladuras.

Y ante tales adversidades, mi misión era hacerlas lo más llevadero posible. Mis actuaciones divertían a niños y a no tan niños, y a la tripulación. Algunos de sus miembros, toscos como el que más, me acompañaban improvisando con sus chirimías. Al embarcar, yo no había pasado desapercibido por mi talla y, en seguida, oí las burlas de los marineros y sus risas, pero ya era lo habitual. Pero más allá de su rudeza había nobleza y coraje. El resto del día la gente mataba el tiempo jugando a las cartas o a los dados, a contar cosas… Estaba prohibido blasfemar. En ocasiones se celebraban oficios religiosos o simulacros de zafarrancho de combate para tener preparada a la tripulación.

Al cabo de un mes llegamos a las Antillas, en el Caribe, en donde hicimos escala en la isla Dominica. Nuestra nave se separó del resto de la flota y, dos meses y medio después de zarpar, avistamos la costa cubana. Nos dirigimos al puerto de La Habana, uno de los mejores del Nuevo Mundo, en donde felizmente atracamos. Unos funcionarios cobradores de impuestos, por medio de barcas accedieron a bordo para hacer la revisión de las mercancías y personas. Cuando dieron permiso el pasaje empezó a desembarcar. Los criados y mozos del puerto iban bajando los baúles y pertenencias, y seguidamente lo hicieron con los animales y las mercancías.

Lo primero que me llamó la atención fue la diversidad de las gentes que poblaba el puerto. Criollos –es decir, cubanos descendientes de antepasados españoles–, esclavos negros descendientes de africanos, mulatos… Estos dos últimos grupos llevaban a cabo las tareas más ingratas, mientras que los criollos y los españoles de nacimiento eran propietarios, tenían negocios o representaban a la autoridad. En el puerto había gran trasiego porque la isla era rica en el comercio del cuero y la minería del cobre, y ahora se iban instalando ingenios azucareros y haciendas para el cultivo de la hoja de tabaco.

En la ciudad se notaba mucha actividad laboral debido también, desde hacía años, a los ataques de los corsarios ingleses u holandeses contra nuestras flotas de Indias, que acababan refugiándose en La Habana durante tiempo. Ello traía consigo que los cubanos proporcionaran alojamiento y abastecimiento a los integrantes de las flotas, con las consiguientes ganancias.

Pero la presencia corsaria en estos mares también supuso la necesidad de mejorar las defensas de la ciudad mediante buenas fortificaciones con más soldados y artillería. De ahí la necesidad de renovar la fundición de artillería y el envío del personal cualificado que iba en mi barco. Operarios con buenos sueldos y peones con malos sueldos; éstos últimos muchos de ellos esclavos alquilados a propietarios quienes, con tal proceder, hacían dinero. La fundición artillera de La Habana y las minas de Santiago daban trabajo a muchos isleños.

La expedición a la que yo estaba adscrito fue acompañada hasta un caserón de la ciudad dedicado al alojamiento y manutención de pasajeros, tripulaciones y

comerciantes de las flotas del comercio de Indias, durante largas estadías. Lo regentaba una cordobesa solterona que llevaba años en La Habana y ya se había acostumbrado a la vida isleña. Contaba con dos posadas más y algunos esclavos negros que se ocupaban de hospedar y dar de comer a los clientes, y que a final de semana entregaban el jornal a su ama. Yo fui a parar a un cuarto reducido bajo la techumbre.

Al verme, la mujer me miró de arriba abajo y me preguntó:

–¿Qué se te ha perdido en La Habana?–. A lo que le expliqué mi misión. Se le abrieron los ojos, sonrió y dijo:

–Te propongo hacer representaciones en la cantina de la hospedería–. Propuesta que acepté pues me podía reportar dinero extra. Aquella misma noche me estrené en la posada ante un público variopinto entre quienes estaban los miembros de la expedición pero también vecinos que habían venido a beber ron, gente de todos los oficios: albañiles, canteros, carpinteros, herreros, fundidores, peones… Me alegraba poder hacer felices a esos paisanos que se encontraban lejos de su tierra y de los suyos, y que trabajaban duramente.

Algunas mañanas, y para matar el tiempo, acompañaba a la hostelera al centro, lleno de iglesias, conventos, ermitas y el hospital de religiosas.

–El mercado es muy grande –me explicaba ella–, ya que La Habana es una ciudad muy populosa. Compraremos carne, pescado, tortugas jicoteas para hacer sopa, maíz, yuca, harina, verduras, fruta…

Pero la Corona española no podía abastecer de todo a la isla. Así que, junto a la fabricación del azúcar y de los barcos, y la cría de ganado, corría otro negocio muy próspero aunque ilícito que era el del contrabando, y al que se dedicaba gran parte de la población, incluidos clérigos y militares.

La minería del cobre era un sector también importante, mineral que servía para manufacturar cañones.

–He ordenado la fabricación de nuevos cañones con los que defender las fortificaciones del Castillo del Morro y otros puntos estratégicos de la ciudad y de la isla –me confió el nuevo responsable de la fundición de artillería, de quien dependía yo directamente–. En la isla están escarmentados de los ataques de los filibusteros en otros tiempos, que se habían cobrado con el saqueo de la artillería de los fuertes y las campanas de las iglesias. Así que he encargado fabricar unas cuantas piezas de diverso calibre.

Los cañones eran para defenderse de los enemigos visibles. Pero existía un enemigo invisible contra quienes no servían y que ya había visitado la isla en varias ocasiones. Se trataba de las epidemias, de paludismo, sarampión, viruela y fiebre amarilla o vómito negro, la plaga americana. Y eso es lo que ocurrió pocas semanas de arribar nosotros. Muchos forasteros empezaron a quejarse de fiebre alta, dolor en la espalda y en el abdomen, náuseas, vómitos, pérdida de apetito, piel y ojos amarillentos, orina oscura… Al cabo de una semana, algunos afectados empezaron a sangrar y murieron. Algunos naturales creían que la enfermedad la traían los mosquitos. El pánico se extendió por la ciudad y, como en otras pestes, se encendieron hogueras en las plazas. Yo me aislé en mi habitación y se suspendieron las actuaciones nocturnas y muchas actividades. Hombretones curtidos en las guerras se iban de este mundo como si nada mientras que un servidor resistió, no sé si porque al ser tan bajito los miasmas no me veían y pasaban de largo.

Pasadas unas semanas, y después de haber muerto cientos de personas, sin respetar ricos o pobres, la epidemia fue remitiendo y decidí regresar a España, después de obtener el consentimiento oportuno. Embarqué en un galeón de la flota de regreso que me llevaría de nuevo a casa.

7

En la Corte, pasó el tiempo y un día el secretario real me vino a ver y me encomendó llevar unas cartas a Gibraltar, en donde la autoridad local había suplicado al Rey ayuda contra los embates berberiscos que, desde hacía muchísimos años, solían asolar las costas cercanas a los reinos moros del otro lado del mar. Así que me proporcionaron cabalgadura y dinero para poder hacer llegar la documentación a aquellas tierras.

Una vez allí, me impresionó el estado de la mar en aquel estrecho ubicado entre dos mares y azotado por vientos desbocados. Olas respetables hacían mecer las galeras, galeotas y bergantines fondeados, mientras numerosos mozos luchaban en sus barcas cargando y descargando mercancías en tierra firme. De noche, de las cuevas del peñón en contacto con el viento salían aullidos premonitorios que estremecían incluso a los más decididos.

Tenía audiencia con las autoridades a la mañana siguiente y decidí volver a mi alojamiento. Fatigado mentalmente por el viento me dormí pronto.

Al alba unos ruidos quebraron mi sueño y me desperté. En la calle se oían gritos y el resplandor de antorchas a través de la ventana. Me levanté y la abrí. Cuál fue mi sorpresa y pavor al ver correr sobre el empedrado a cientos de corsarios berberiscos, provistos de armas y antorchas, gritando como posesos, tomando la plaza por sorpresa, saqueando cuanto encontraban. Lo peor es que también se llevaban gente cautiva, sobre todo mujeres jóvenes y niños.

Las autoridades llamaron a rebato por medio de las campanas mientras gritaban:

–Cabalgada, cabalgada –refiriéndose a las conocidas escaramuzas piratas.

Mis piernas flaquearon cuando vi que un par de aquellos truhanes penetraban en la posada. Me vestí raudo con lo que pude y escondí la bolsa con el dinero atada en mi cintura bajo la ropa. Mientras tanto oía como subían por la escalera vociferando y obligando a los otros huéspedes a bajar a la calle. Hasta que llegó el momento de entrar en mi aposento… Una enorme bestia humana, con turbante y alfanje, se plantó ante mí con cara de sorpresa y al ver mi estatura estalló en carcajada.

–Por las barbas del profeta –empezó diciendo mientras reía–. He encontrado a un infiel del tamaño de un gusano. ¡Ja, ja! ¡Abajo! –me ordenó a la vez que me empujaba.

A la entrada de la posada nos registraron y fácilmente dieron con mi dinero.

–¿Esto para qué lo querías? ¿Para comprarte unas piernas más largas? ¡Ja, ja!

A los huéspedes nos incorporaron a una columna de un centenar de prisioneros de la ciudad y nos condujeron, entre lamentos y desesperación, hasta La Caleta, en donde nos fueron metiendo en barcas y de allí a una nave. Mientras veía alejarse el peñón pensé que había llegado mi hora y cómo en poco tiempo había cambiado mi suerte. ¡Qué frágil era todo! De una vida regalada pasaba a la incertidumbre, a un destino en manos de bárbaros que no probaban el tocino.

Una vez a bordo, nos juntaron en cubierta, cerca de los remeros, y empezaron a hacer selección. A los hombres de mediana edad y, sobre todo si estaban gordos o no tenían fuerza física, los empezaron a echar por la borda, ante el espanto de todos los prisioneros. Uno de los que iban a lanzar al mar quiso defenderse con los puños pero uno de los bandidos le cortó la yugular y lo arrojó al agua. Los gritos de terror de los cautivos se oyeron de lejos. Cuando se plantaron ante mí, pensando en mi físico me veía en cosa de segundos en compañía de las sardinas, pero de nuevo se pusieron a reír.

–"Este" hará las delicias de algún sultán, como bufón –dijo el que me sacó de la estancia.

Y así fue cómo de nuevo mi estatura me salvó. Nos encerraron en la bodega y pusieron rumbo a la costa atlántica del sultanato de Marruecos. En el interior, la pestilencia debido a los vómitos y orines era insoportable, y el vaivén de la nave acrecentaba el mareo permanente.

A mediodía nos sacaron a cubierta para poder respirar aire fresco y nos dieron unos mendrugos con aceite; si nos querían vender no les convenía que muriéramos de hambre o llegáramos desfallecidos. Uno de los que repartían las raciones hablaba en buen castellano, con acento meridional.

–Hablas bien nuestra lengua –me atreví a decirle–.

Me miró un instante y sin dejar de untar hogazas de pan con aceite me contestó:

–Muchos corsarios de Berbería somos descendientes de los moriscos que vosotros expulsasteis tiempo ha. Otros son cristianos renegados que se convirtieron al Islam. Sus motivos tendrán. Quizás para poder enriquecerse por medio de los botines.

–Sé de vuestro caso, los moros perseguidos o convertidos a la fuerza a la fe católica, y después expulsados. Perdimos buenos labriegos y artesanos. ¿A dónde nos lleváis? –pregunté.

–A Argel –respondió él.

El estómago me dio un vuelco. Para los cristianos Argel era sinónimo del Infierno. Miles y miles de personas capturadas en las costas o en naves abordadas durante muchos años habían ido a parar allí. Sólo regresaban quienes tenían alguien que pudiera pagarles un rescate. Y lo que contaban a la vuelta…

Arribando a la costa norteafricana, Argel era una ciudad amurallada emparrada en una colina con un puerto bien defendido. A escasa distancia de la entrada por mar se divisaba la torre y castillo del Fanal. Junto a la ciudad, el Fuerte de Babbazon, con alguna galeota de guardia en frente suyo. Pasadas estas defensas se hallaba el puerto natural y la playa. Coronando otras colinas, dos castillos, el antiguo de Carlos V y el Nuevo de la Estrella.

Al desembarcar en la playa, nos metieron en esquifes a golpe de látigo y vociferando, y nos llevaron hasta la arena. Nos maniataron y nos condujeron a los *baños* de Argel, los presidios. Allí nos interrogaron individualmente para ver qué podían hacer con nosotros: pedir un rescate, que era lo más habitual y lo que más les rendía, o vendernos.

–Yo no dependo de nadie –contesté cuando me preguntaron cosas acerca de mí; no quería involucrar al rey. Así que me dieron una patada y me mandaron sentarme en un rincón.

Los baños eran subterráneos con varias plantas con habitáculos, hospitales, capillas dedicadas a la virgen o a un santo, y tabernas en donde disponían, además de vino, de alimentos y ropa. En ellos se alojaban miles de cautivos de España, Italia o Grecia, vigilados por jenízaros turcos o renegados que mantenían el orden, se ocupaban de la intendencia o del control de los quehaceres de los internos.

Los cautivos con familias o conocidos que pudieran pagar el rescate, o por intercesión de religiosos cristianos, tenían posibilidades de sobrevivir, aunque les llevaría tiempo.

El momento más dramático fue cuando separaron a los niños de sus padres. Se los llevaban para hacer de ellos futuros corsarios. Los gritos retumbaban en el interior de aquellos húmedos calabozos.

Les siguieron las mujeres jóvenes. Aquellos truhanes se las repartieron entre ellos; curiosamente no las maltrataban, todo lo contrario, les interesaba que, con el tiempo, se casaran con ellos, sobre todo los piratas renegados, que abominaban de las moras, y buscaban juntarse con las de su raza de origen.

Peor final tenían los hombres de mayor edad o flacos, que habían pasado la primera selección en el barco, pero no la segunda en presidio. Eran llevados al campo para decapitarlos o quemarlos vivos, o torturarlos, hasta el punto de sujetarlos sobre soportes y dejarlos morir al sol, o arrastrarlos por el campo con caballos, o emparedarlos, y cosas peores, que ya es decir.

A quienes no podrían obtener un rescate o un canje, nos llevaron a una gran plaza rodeada de edificios morunos. Allí nos concentraron y dividieron en pequeños grupos mientras hacían sonar sus látigos al suelo para amedrentarnos. Era un mercado de esclavos. Había otros grupos de cautivos, ajenos a nuestro bajel; se trataba de negros semidesnudos con peor aspecto que el nuestro. Los compradores iban desfilando delante de los prisioneros y hacían sus ofertas en función de sus intereses. A los hombres más fuertes los destinaban como galeotes o como obreros o labriegos. A las mujeres maduras las desnudaban, mientras ellas gritaban y se resistían, y las vendían para hacer de criadas o de cosas peores en harenes o serrallos.

Cuando me tocó el turno, un hombre inmenso con turbante, ropaje ancho y que le llegaba hasta las babuchas, me miró de arriba abajo, cosa que no le costó demasiado tiempo hacer, y se sonrió.

–Cristiano, ¿qué hacías en tu tierra? –me preguntó.

–Divertir a la soldadesca, señor –respondí raudo, ya que bufones en todas partes necesitan, más allá de la fe o costumbres de cada cual.

–Te compro –decidió el hombretón después de cavilar–. Conozco a un rico comerciante otomano a quien le gusta la distracción y el buen vivir.

Después de regatear el precio con uno de los piratas y pagarle, me dio un empujón y me obligó a acompañarle. Nos metimos por laberínticas callejuelas transitadas por moros, esclavos y borriquillos cargados con mercancías. Los niños me veían pasar y se reían.

Llegamos a un edificio de dos pisos con tribuna en el primero y celosía que pertenecía a un rico mercader. El comerciante me hizo entrar. Pidió a un sirviente que llamara al amo. Pasados unos minutos se presentó éste, con atuendos parecidos a los del comerciante pero más finos. Tenía aspecto bonachón aunque con ojeras.

–¿Qué te trae por aquí, Ali? –preguntó.

–Salam aleikum, Ismail –saludó el traficante inclinándose–. Vengo a ofrecerte este cristiano recién capturado…

–Ya tengo suficientes esclavos Ali –le interrumpió el amo.

–Pero éste, por lo que se dedicaba en su tierra, divertir a sus superiores, bien seguro que os hará pasar buenos momentos –insistió el experimentado vendedor de hombres–. He oído que vuestro ánimo se ha vaciado como la copa de vino después de su disfrute.

–Sí, es cierto Ali. Desde la muerte de Miriam, debido a unas fiebres, la tristeza se ha instalado en este hogar.

–Precisamente lo que necesitáis es a alguien que os saque de la aflicción –añadió Ali señalándome.

Ismail se me quedó mirando, pensativo y, al final, accedió. Concertaron mi precio.

Amid, el sirviente, me condujo a un cuartucho que lo compartiría con él. Me trajo una jofaina para que me lavara y ropa limpia de estilo moruno. Más tarde me llevó a la cocina en donde una mujer, también cautiva, me sirvió un tazón de cuscús con verduras. Por la tarde, cuando el sol dejaba de dar luz y calor, y abandonaba a los habitantes de la medina a su suerte en las laberínticas y oscuras callejuelas, Ismail, el amo, me hizo llamar.

Se encontraba sentado entre cómodos cojines en una sala decorada al gusto de los árabes bajo un techo con artesonado de mocárabes. Disfrutaba de una cena con cuscús, dátiles y naranjas, servida por Amid.

Acostumbrado a la austeridad palaciega de Castilla, me sentía un poco agobiado envuelto por tanto cortinaje y alfombras orientales.

–¿Cómo te llaman, hombrecito? –me preguntó el amo.

–Juan, Señor –respondí.

–¿Y para qué sirves, si es que sirves para algo? ¿Qué te hacían hacer en tierras infieles? –preguntó de nuevo desde su mentalidad práctica de mercader.

–De *hombre de placer*, señor. Divertir a la soldadesca, a la Corte…

–¿Qué pasa, que vuestros reyes no saben apreciar la música o la recitación, que necesitan de un mico como tú para deleitarse?

–Por supuesto que también saben apreciar las artes, Señor, pero en sus horas bajas buscan a alguien que les suba el ánimo. Los humanos somos como el clima: ahora hace sol, ahora llueve. Nos regocijamos, nos deprimimos… Necesitamos que alguien nos dé un empujón para salir de las horas bajas.

–¡Llevas razón! –dijo el amo con una mueca de sonrisa melancólica–. A ver. Regálame algo de tu comicidad.

Me activé mentalmente y le expliqué que iba a representar una escena de la campaña en Flandes. De nuevo acudí a un clásico mío imitando a los soldados fanfarrones de los Tercios. Al principio el hombre no arrancaba a reír; diferencias entre culturas, pensé. Pero a medida que yo avanzaba en mi comicidad y exageraba los andares con grandes zancadas de los flamencos e impostaba la voz, empezó a partirse de risa. Seguidamente, se me ocurrió imitar a los corsarios en sus naves. Por un momento al mercader se le ensombreció la cara y temí por mi futuro, pero pronto superó su recelo y volvió a reírse.

Estuve un buen rato haciendo bufonadas mientras el hombre soltaba carcajadas, hasta que se cansó.

–Bueno. Ya está bien por hoy –me dijo mientras me tiraba un dátil–. Ha estado bien. Retírate.

Y así lo hice, y con gusto porque estaba sudoroso de tanto ejercicio.

Poco a poco me fui ganando la confianza del amo hasta que me permitió salir a la calle, pero sin alejarme demasiado. Siempre iba al mercado, bullicioso y alfombrado de verduras podridas. Un día me dio la sensación que alguien me seguía y apresuré el paso. Si era un ladrón, poco iba a sacarme, ya que yo llevaba solo lo puesto. Salí del mercado y me dirigí a la parte de la muralla. Un instante después un individuo me alcanzaba.

–¿Eres español? –me preguntó un hombre de mediana edad con acento. Le contesté que sí.

–Me llamo Andreotti. Soy ingeniero militar italiano al servicio de la corona española, experto en fortificaciones.

–Yo también servía a mi señor Rey hasta que me hicieron cautivo. Mi nombre es Juan –interrumpí al oír su presentación.

–Lo sé –dijo ante mi sorpresa–. Me hago pasar por mercader italiano pero mis intenciones son otras. Llevo un salvoconducto falsificado de un sultán para poder moverme libremente.

–¡Un espía! –casi grité.

–Sé que estás sirviendo en casa de un rico comerciante –añadió.

–Cierto.

–Lo que no debes saber es que esa casa está construida sobre una gran cavidad natural a la cual se puede acceder desde el sótano.

–Lo ignoro, nunca me muevo fuera de los espacios que me tienen asignados –dije intrigado–. ¿Y por qué vuestro interés por esa cueva?

Andreotti se me acercó más, miró alrededor suyo para cerciorarse que no le oían y concluyó:

–El plan es llenar la oquedad de explosivos y hacerlos volar. De eso se encargarían nuestros zapadores minadores. La casa está en un sitio muy estratégico de la ciudad y su derrumbe permitiría abrir una brecha. La misma noche nuestros galeones desembarcarían a soldados que tomarían por sorpresa la plaza, para regocijo de toda la cristiandad, harta de las fechorías de los berberiscos.

–¿Y qué pinto yo en todo este embrollo castrense, señor ingeniero? –le pregunté sorprendido por el plan.

–Tú tendrías que descubrir la puerta o trampilla desde la cual se accede a la gruta, el resto ya lo harían nuestros hombres.

–¿Y qué obtengo yo con tal plan tan arriesgado? –pregunté desde mi pragmática visión de la vida.

–Servir a tu Rey, como ya lo hacías, y volver a ser libre, tú y el resto de cautivos, si la misión triunfa.

Así que me convertí en espía ocasional, lo cual tampoco me causó muchos remordimientos ya que vivía en aquella casa por razón de cautividad, no por libre elección. Tendría que elegir el momento más prudente para poder indagar dónde se encontraba la supuesta trampilla. Primero pensé ampararme en la nocturnidad y alevosía pero cualquier descuido mío y ruido podría delatarme. Mejor aprovecharía una noche que mi amo organizara una cena con vino, que le provocara suficiente estado de sopor. Y así lo hice. La noche de la cena llevé a cabo unos cuantos números míos para cansarlo más de la cuenta, a lo que ayudó el licor de dátil. Cuando se hubieron marchado los invitados, comprobé que el amo estaba soñando con su paraíso de huríes y me fui de puntillas hacia la puerta del sótano. Entré con un candil y, vigilando al andar para que no crujiera la madera del suelo, empecé a buscar alguna trampilla pero no veía nada de especial en el suelo, hasta que di con ella debajo de una tinaja vacía.

Abrí la trampilla y en seguida noté aire, olor y ruido de mar. Iluminé con el candil la entrada a la cueva y vi que había unas piedras que hacían de escalones. Bajé con mucho cuidado ya que estaban resbaladizas y con el candil intenté ver la cueva pero daba poca luz y además estuvo a punto de apagarse por el viento. Así que, habiendo hecho el descubrimiento, regresé al sótano, cerré la trampilla y la tapé con la tinaja. Y me fui a la cama.

A la mañana siguiente me acerqué al mercado y Andreotti me estaba esperando.

–Llevo varios días esperando noticias tuyas–me dijo.

–He tenido que esperar el momento oportuno –le aclaré.

Nos dirigimos a una parte más solitaria de las murallas y allí le expliqué con detalle dónde se encontraba la trampilla y cómo acceder.

–Has hecho un buen trabajo, Juan –me felicitó el ingeniero.– Ahora me toca a mí informar y coordinar a los minadores y a la galera de ataque. Estate al tanto de aquí a unas noches, cuando ya no haya luna, de la misión. Cuando veas una galera cerca del promontorio donde está la casa de tu amo, escápate y busca refugio lejos.

Me dio las gracias y se fundió entre la gente. Después de unos días, se formó una tempestad y empezó a levantarse mala mar durante varias noches. No veía acercarse ninguna nave al promontorio. Tampoco aparecieron por casa los minadores quienes, aprovechando la noche y forzando la puerta de la casa, abrían accedido al sótano y a la trampilla para descender a la cueva y minarla.

Una mañana fui al mercado a por cosas y oí decir que la flota argelina había expulsado de sus aguas a un galeón español que merodeaba por allí y que fue sorprendido por una tempestad. De Andreotti no tuve más noticias, así que supuse que, ante el fracaso de la misión, habría huido. Mis días de espía habían terminado y regresé a mis quehaceres. En los atardeceres, desde el ventanuco del cuarto miraba como el sol se estrellaba en la lejanía del mar y pensaba en la oportunidad perdida para mí y para muchos otros como yo de haber podido alcanzar la libertad si el mal tiempo no hubiera hecho naufragar la operación.

Afortunadamente, pasados unos meses, y cuando ya creía perdida toda esperanza, llegó mi rescate. A la Corte llegó la noticia de mi cautiverio y mi Señor en persona se interesó por mi pronta liberación. A través de un fraile que pagó a mi amo lo estipulado, fui embarcado y devuelto a Madrid, en donde seguiría con mis bobadas ante los infantes. Hasta hoy, en mi vejez, cuando ya no puedo hacer reír dando grandes zancadas y lo hago con la palabra, con la ocurrencia. Cautivo toda mi vida por mi condición física, pero libre de espíritu.